

Cajón de maestra

Por Estrella Forns García

Hoy, recién llegada de Villanueva, aún oigo el rumor nocturno del transcurrir del río desde nuestra ventana. Antes de aparcar en algún cajón los recuerdos, ahora tan precisos, luego se van borrando y por no saber no sabes ni en qué cajón los has metido, qué voy a decirte a ti, querida. De eso sabes tanto...

No quiero nada triste

Vaya para ti este pequeño, cariñoso recuerdo, al que estoy segura se unen todas mi coetáneas (qué cursi), las de mi edad, vamos: Toñi, Rosi, Divi, Juani, Sole, Cristi, Mari Tere (qué raras me suenan sin el la).

Llegaste de Soria, muy joven. Era tu primer pueblo, creo. Menudita, ojos azules, con tu abriguito color marrón (como Penélope, la de Serrat) y una maleta llena de ilusiones. Doña Luci, te llamábamos, te venía como grande, tan joven eras, pero la jerarquía es la jerarquía.

Transcurrió un tiempo, tú vivías en casa de la Anselma e ibas a dar clase a la escuela diariamente.

Un buen día, para mi alegría y desconcierto (andaba yo por los 8 o 9 años, me vine a Madrid a los 10), me enteré que ibas a ser mi tía.

Te casabas con mi tío, el más guapo de todos, ya lo decía la tía Irene: Braulio y Paco, preciosísimos, pero guapo, guapo, Benjamín. Y nosotras, mi hermana y yo, lo corroborábamos. Subíamos al comedor de arriba, cogíamos la caja de madera de las fotos y aparecía él; de uniforme de Caballería, con esos ojos, unas pestañas, su bigotito... Verdaderamente era igualito que Erroll Flynn. Nos conocíamos a todos por el cine de Pataco.

Y ahí vinieron mis dudas. Yo, hasta entonces, pues, como todas: doña Luci, doña Luci, pero claro, ahora ya la cosa cambiaba. Íbamos a ser familia. ¡Tenía unas dudas! Luci, a secas, demasiado atrevido; tía Luci, demasiado cercano...

Hasta que un día vino a la escuela el INSPECTOR (no sé qué inspeccionaba, pero sólo nombrarlo nos daba pánico, seguro que tenía poder, no ya para echarnos de la escuela, quizá hasta del pueblo. Llegó y dijo: "Que salga una a la pizarra para una prueba de Lengua". Doña Luci, entonces, se volvió hacia mí (tráfico de influencias, quizá, no creo, era demasiado recta, o porque confiaba en mí, simplemente, mi

fuerte era la ortografía) y me dijo: "Sal tú".

Ahí hay un hombre que dice ¡ay!

Esa era la frase a escribir. La bordé. Roja de vergüenza y de satisfacción también, volví a mi sitio. A partir de aquel día lo tuve claro: La llamaría: "TíadoñaLuci".



Luego, cada año, cuando nos encontrábamos en Villanueva, yo te decía, bajito: "tíadoñaLuci". Y nos reíamos las dos, al recordarlo.

Yo creo que cuando decidiste guardar todos esos, tantos recuerdos, en tu cajón de sastre, de maestra, seguro que sabías que fuera de ese mueble dejabas ya tu obra completa, como profesional y como persona. Y si no lo sabes, ya te lo aseguro yo. Puedes estar bien orgullosa.

Por cierto, quiero hacer una reflexión a todos nuestros licenciaditos. Valorar muy mucho las bases de una buena enseñanza; aunque parezca una simple frase aquella de la pizarra, implicaba ya un conocimiento de la lengua (adverbio, verbo, interjección) que ya quisierais muchos controlar en vuestros constantes mensajes y "guasapeos". A mí, ¿k kieres k t diga?

En la imagen, unas alumnas algunos años después de lo mencionado en el relato.